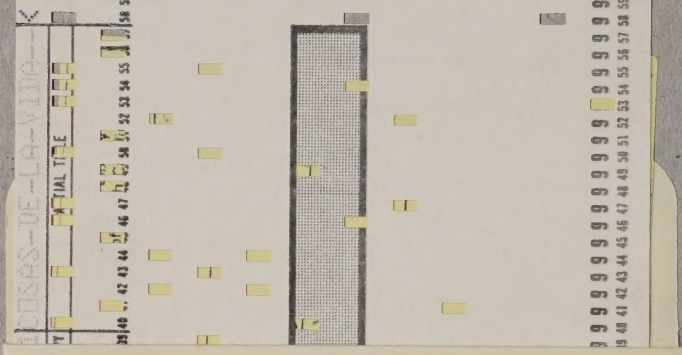
Q7297
0 25
6

COSAS DE LA VIDA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

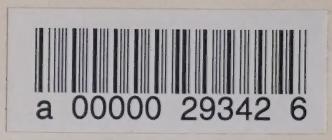
Please keep this card in book pocket



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7297
.025
C6


a 00000 29342 6

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
JAN 0 5 2003			
	DEC 1 6		
MAY 0 3 2003			
	MAY 1 9 2003		
JAN 0 9 2005			
JUL 0 7 2006			
JUL 0 7 2006			

Form No. 513, Rev. 1/84

Sec C
11.412-A
30 -

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

TOMO XII NUMERO 7

MARIA LUISA OCAMPO

COSAS DE LA VIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

TALLERES GRAFICOS DE LA NACION.
MEXICO, D. F.—1926

COSAS DE LA VIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

OBRAS DEL AUTOR

La Hoguera.—Drama, 3 actos.
Estrenado en el Teatro Fábregas, el 23 de octubre de 1924.

La Jauria.—Alta comedia, 3 actos.
Estrenada en el Teatro Fábregas, el 19 de septiembre de 1925.

EN COLABORACION:

Sin Alas.—Comedia, 3 actos.
Estrenada en el Teatro Fábregas, el 12 de octubre de 1925.

EN PREPARACION:

Los que han Hambre y Sed.

Por una Mujer.

Castillos en el Aire.

Las Mascaras.

gec
C

MARIA LUISA OCAMPO

PQ7297
.025
C6

COSAS DE LA VIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

TALLERES GRAFICOS DE LA NACION
MEXICO.—1926.

Esta obra es propiedad del autor, y sin su permiso nadie podrá representarla ni reimprimirla en México ni en los países con los que se hayan celebrado tratados de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción. Los representantes de la Unión Mexicana de Autores, o de la Sociedad de Autores Españoles en los lugares donde no existan aquéllos, son los encargados de conceder el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by María Luisa Ocampo.

PARA

MARIA TERESA MONTOYA

CON ENTUSIASMO

De esta obra se imprimieron cien ejemplares de lujo, numerados.

PERSONAJES

LUISA
DOÑA FE
LOLA
DOÑA CONSUELO
ESTHER
PETRA
CUCA
BENITEZ
RAFAEL
DON NARCISO
WILEBALDO
PEPETE
JUANITO

La acción en México. Epoca actual.

COSAS DE LA VIDA se estrenó en el Teatro «Virginia Fábregas,» el 14 de julio de 1923, con el siguiente reparto: LUISA, María Teresa Montoya; DOÑA FE, Matilde del Pozo; LOLA, Aurora Campuzano; DOÑA CONSUELO, Delia Palomera; ESTHER, Lydia Franco; PETRA, Matilde Corell; CUCA, Amparo Alsina; BENITEZ, Julio C. Rodríguez; RAFAEL, Angel T. Sala; DON NARCISO, Julio Vásquez; WILEBALDO, Ricardo Mondragón; PEPETE, Felipe Montoya; JUANITO (niño de cinco años), niña Alicia Rodríguez Montoya.

ACTO PRIMERO

Rincón de corredor estilo colonial. Al fondo un jardín. Sillones de mimbre o equipales de Tepic. Hora de la siesta. Rafael y Doña Fe.

RAFAEL

¿Duermes, mamá?

DOÑA FE

Este calor me amodorra, y como no te preocupas por platicarme nada...

RAFAEL

¿Qué quieres que te platique?

DOÑA FE

Algo.

RAFAEL

Vamos a ver: Fanor se peleó con tu gato y tiene un araño en el hocico; mi caballo estuvo esta mañana a punto de desbocarse; encontré al señor Jaimes y me habló de sus interminables achaques, y que ahora sí está decidido a emprender pleito con la hermana, por la herencia, la famosa herencia; que...

DOÑA FE

No sigas; me dormiré más pronto.

RAFAEL

¡Ah!

Bosteza.

DOÑA FE

Parece que no estás muy alegre.

RAFAEL

Me desespero, me aburro, totalmente me aburro. No oigo hablar de nada interesante. Todos creen que me halagan hablándome de mi perro, del caballo, del dinero de mi padre, y de los terrenos de mi padre, y que mi familia es algo así como la "Rosa Cruz" de nuestro medio. ¡Lo que me importa! Como si todo en la vida se redujera a...

DOÑA FE

Se me olvidaba. Estuvo aquí en la mañana don Narciso con su hijo.

RAFAEL

¡Otro!

DOÑA FE

¿Otro? Don Narciso es rico y Pepete no es antipático.

RAFAEL

Lo que quiere decir que apruebas el matrimonio de Lola con ese Pepete.

DOÑA FE

¿Te digusta?

RAFAEL

¿A mí? ¡Psch!, no. No soy yo el que voy a casarme con él.

DOÑA FE

Parece mentira que seas así. Te pido que me platiques y me aburres, te pido una opinión y sales con tus chistes.

RAFAEL

¿Por qué te llama la atención? Tú me has acostumbrado a ser un cero a la izquierda en estos asuntos.

Nunca te has preocupado en consultarnos. Nuestra vida la has arreglado siempre a tu gusto, sin pedirnos opinión. Recuerda. Cuando quise seguir la carrera militar, te opusiste. "Mi hijo será médico, o nada." Desgraciadamente no tuve estómago para ser médico, y te conformaste con que fuera un "hombre de bien," a tu manera. ¿Qué soy en fin? "Un hombre de bien," indudablemente, que, entre otras cosas, no sirve para nada.

DOÑA FE

¿Así es como recompensas mis sufrimientos?

RAFAEL

No sé lo que quieres decir. No trato de juzgarte, únicamente te explico el por qué no te doy mi opinión. Has tratado siempre de borrar mi personalidad.

DOÑA FE

No. Mi intención ha sido que no tengas más influencia que la mía. Quiero ser yo la única en ti.

RAFAEL

Es un torpe egoísmo.

DOÑA FE

No, Rafael, es mi desquite. Cuando ibas a nacer, tu padre me abandonó. Una francesa lo tenía trastornado. Gastaba sin medida, no venía a casa días enteros. Cuando venía era a la madrugada y en estado inconveniente. ¿Comprendes? Yo iba a ser madre. Ibas a nacer tú. Es cierto, tenía a Lola, pero te amaba más a ti, antes de que nacieras ya te quería, porque adivinaba que tú serías mi recompensa. ¡Humillarme! ¡Humillarme con una perdida francesa! ¡Gastar mi dinero, nuestro dinero, en comprarle joyas y trajes! ¿Crees que no merecía el desquite de que tú fueras sólo mío?

RAFAEL

Nunca me habías dicho...

DOÑA FE

¿Para qué? Mientras fuiste niño quise que respetaras, con toda pureza, la memoria de tu padre, ahora que eres hombre te descubro la verdad para que juzgues.

RAFAEL

Yo no puedo juzgar.

DOÑA FE

Pero puedes ver que tenía razón.

RAFAEL

¿Razón de qué? ¿De convertirme en autómata? ¿De encerrarme en esta prisión intolerable? ¿De convertirme en un fantoche?

DOÑA FE

Tenía razón para hacer que mi hijo fuese sólo mío, y en él sólo mío hubiera. Si te he educado de este modo era por miedo a que te alejaran de mi otros consejos, otras ideas.

RAFAEL

Mi padre será siempre mi padre. No debiste, por mucho que te haya ofendido, destruir su culto en mi corazón. Por un simple error de él, no debo ser yo la víctima, ni tampoco es un acierto tuyo el mostrármelo de ese modo, en quitarme la ilusión de su nombre.

DOÑA FE

No eres un niño. Razona. ¡Tu padre! ¡Ah!, sí, respétalo, no debes decir que he destruído en ti su recuerdo, pero no me lo traigas a cuento. Tu padre se fué con aquella mujer y no se preocupó más de ustedes. Volvió después arrepentido, sólo a llenarme de preocupaciones y a empobrecerme más.

RAFAEL

Todo hombre tiene sus faltas. No me parece que estemos en la pobreza para que lo hagas el causante de las alzas y bajas de la fortuna.

DOÑA FE

Lo que ahora tenemos es lo que pudo salvarse del desastre. La situación era crítica. El dinero huía sin que él fuese capaz de poner remedio, de afrontar las consecuencias de su propia falta. Perdido el valor, sin energías, la fatalidad lo arrastró, lo llevó enloquecido. ¿Quién sabe a qué desesperación no llegó? ¡Ah!, fueron unos días terribles. ¿Te das cuenta? Nosotros, nuestra carga, se le hizo insoportable. Me dejó a mí, a mí sola con ella, y... Es doloroso recordar, es doloroso decirlo. Huyó de la vida, como había huído de su casa: Se suicidó.

RAFAEL

¡Qué!

DOÑA FE

¿Comprendes ahora?

RAFAEL

Me has dicho cosas terribles. Me has trastornado. No puedo decirte nada, nada.

DOÑA FE

Pero, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? Espera, voy a pedir un vaso de agua.

RAFAEL

¡Basta, mamá! Me tratas peor que a una niña.

DOÑA FE

Pero, Rafael...

RAFAEL

Perdóname, mamá, no llores, comprende las cosas...

Pausa.

DOÑA FE

¿No te has enojado?

RAFAEL

No, mamá.

LOLA

Entrando.

Mamá, mamá, ven a ver.

DOÑA FE

¿Qué?

LOLA

¡Ah!, pero es que... ¿por qué lloras?

DOÑA FE

Hablábamos de tu padre y...

RAFAEL

Sí, ha llorado por eso.

LOLA

Pero mamá, debes conformarte. ¡Cuánto tiempo no ha pasado desde entonces!

DOÑA FE

Sí, sí, tienes razón. ¿Qué querías que viera?

LOLA

La costurera acaba de traerme el vestido.

DOÑA FE

Vamos a verlo. ¿No vienes?

RAFAEL

No, mamá. No entiendo una palabra de trapos.

LOLA

Grosero.

RAFAEL

¿Es grosería decir la verdad?

LOLA

Sí. Cuando se trata de mis trapos no entiendes, pero ¿qué tal si se tratara de Luisa?

RAFAEL

¡Dolores!

DOÑA FE

¿Luisa?

RAFAEL

Invenciones de mi hermana, que siempre trata de molestarme.

LOLA

Bueno, bueno, pido paz. Anda, mamá, vamos.

Mutis. Pausa.

DON NARCISO

Entrando con Pepete.

¡Hola, muchacho!

PEPETE

¡Rafael!

RAFAEL

¡Milagro! Siempre que ustedes vienen no estoy.

DON NARCISO

En efecto, hombre, diríase que nos huyes.

PEPETE

Sí, que nos huyes.

RAFAEL

Siéntense.

DON NARCISO

Gracias. ¡Qué calor! Se derrite uno como marqueta de sebo. ¿Qué dice doña Fe?

RAFAEL

Nada.

PEPETE

¿Y Lola?

DON NARCISO

Ja, ja, ja, mi hijo no puede hablar dos palabras sin mencionar a tu hermana. El muy bruto está enamorado hasta los tuétanos.

PEPETE

Hasta el alma dirá usted, padre.

DON NARCISO

Vamos, hombre, yo digo que hasta los tuétanos, porque sé que es lo que hay dentro los huesos. Pero el alma, dime tú, muchacho, ¿sabes en qué lugar está el alma?

RAFAEL

No estoy cierto: unos dicen que en el cerebro, otros que en el corazón, y muchos que en el estómago.

DON NARCISO

¡Ajá! ¡Conque también te traes tus ribetes de mala intención!

PEPETE

Oiga, Rafael, ¿por qué no fué a la romería del Tívoli? Había unas muchachas...

RAFAEL

No voy a fiestas, siempre estoy muy ocupado.

DON NARCISO

¡No vas a fiestas! Ya lo sé. Como que la guapa Luisita te tiene bien enredado y a ella le dedicas tus ocios.

RAFAEL

No sé por qué lo dice. Luisita es una buena amiga, sin llegar a más.

PEPETE

Quisiera conocerla.

DON NARCISO

¡Amiguita! Mira tú que de amigos se sirven los hombres y de los arrepentidos, Dios. Ojalá te aproveche lo de la amistad, pero en cuanto que te arrepientas, mira tú que dices: "Perdón, que no supe lo que hice," y serás perdonado y hasta la próxima.

PEPETE

Es chistoso mi papá. Ja, ja, ja.

RAFAEL

Tal vez.

DON NARCISO

Bueno, muchacho. Estás muy displicente. ¿Te molestamos? Di con franqueza, para largarnos con la bola a otra parte.

RAFAEL

De ningún modo. El calor me pone nervioso, eso es todo.

DON NARCISO

Está bien, está bien. ¿Qué dicen los negocios?

RAFAEL

Mal, como siempre. La hacienda, a punto de fraccionarse; de las casas, unos pagan sus rentas y otros no, porque son del sindicato. Nada se puede hacer.

DON NARCISO

Muy cierto. Por eso yo, que no fuí tonto, cuando tuve mi capitalito y me salí de tras el mostrador, empleé mi dinero en poner bazares, donde vendo y compro lo que gustes. Ya ves, me la paso mal que bien.

RAFAEL

La lástima es que no conozco el comercio.

DON NARCISO

Dedícate a la política, deja mucho.

RAFAEL

Sí, lo he pensado, tal vez...

DON NARCISO

Decídete. O qué, ¿tampoco la conoces? ¡Vamos hombre! Yo también me he metido en ella sin saber ni su abecedario. ¡Para lo que hay que hacer! Te aseguro que es más fácil que vender abarrotes en cualquier tienda de mis paisanos.

PEPETE

De veras, debía dedicarse a la política.

DON NARCISO

Hay que echar de lo bueno que se tiene, hombre, y no estarse en un rincón de casa gimoteando, como dicen que hizo Jeremías.

RAFAEL

Veremos, veremos.

DON NARCISO

Mira, para más, éste, que es más tonto que tú, ya es de los del partido del gobierno. Esa es la cuestión, muchacho, tener buen olfato y saber quién va a ganar. Porque en resumidas cuentas, ¿qué nos importa que gane fulano o zutano, y que cumpla o no cumpla con sus ofrecimientos? El chiste del asunto es que a nosotros nos realice el propósito, y arreglados. Como te decía, le dije a éste: Anda, tú, ya estás grande, ¿quiéres casarte?, necesitas abrirte camino. Ya sabes que no soy partidario del padre tendero, el hijo caballero y el nieto

pordiosero. ¡Vive Dios! Gástate tú también la espalda y el entendimiento y establécete en algo. ¿No te parece?

RAFAEL

Muy conveniente.

DON NARCISO

Pues ahí tienes tú que como a este caballero no le dió por el comercio, se metió en la política. Tiene amistades, se trae algunos negocitos, adelanta, adelanta este bárbaro.

PEPETE

Sobre todo me empeño, porque quiero casarme.

RAFAEL

Muy buena idea.

DON NARCISO

A propósito, ¿qué dices tú del casamiento de mi hijo con tu hermana? Es cierto que este pobre es corto de entendederas, salió igual a su madre, pero tiene el corazón en la mano, la mano en el bolsillo, y en el bolsillo pasta contante y sonante. ¿Qué dices tú?

RAFAEL

Yo nada. Será Lola la que decida. Perdónenme un instante. Voy a hablarles.

Mutis.

PEPETE

¿No te ha parecido, papá, que Rafael está muy raro?

DON NARCISO

Tiene telarañas en la cabeza. El muy animal cree que puede salvarse de la ruina metido en casa. Dentro de dos años estará más pobre que yo cuando vine a América.

PEPETE

Habrá que apresurarse.

DON NARCISO

Calma, calma, todo a su tiempo y todos contentos.

Entran Rafael, doña Fe y Lola.

DON NARCISO

He aquí a la familia.

DOÑA FE

¡Señor don Narciso!

DON NARCISO

Doña Fe, simpatiquísima Lolita.

LOLA

¿Cómo está usted? ¡Ah!, Pepe.

PEPETE

Bue....buenas tardes, Lolita, buenas tardes.

DON NARCISO

Vamos, hombre, no te la comas con los ojos.

PEPETE

Pero, Papá...

DOÑA FE

Siéntese, don Narciso. ¿Qué nos trae de nuevo y de bueno?

DON NARCISO

Algo que nos interesa a ambos dos.

Siguen hablando.

PEPETE

Ven acá Lola, a este lado, dejemos que hablen.

Se retiran al fondo de la escena.

LOLA

Pepito, ¿por qué no habías venido?

PEPETE

Figúrate, nena, que estuve muy ocupado.

LOLA

¡Ingrato! Cuando se quiere de veras, no hay ocupaciones que valgan.

PEPETE

Sí, pero...

RAFAEL

Bueno, con permiso de ustedes voy a contestar unas cartas.

DOÑA FE

¿No puedes quedarte un momento?

RAFAEL

Volveré después, no tardo.

Mutis.

DON NARCISO

Me parece ese muchacho un poco raro.

DOÑA FE

Está preocupado con los negocios de la casa.

Siguen hablando.

PEPETE

Se me figura que tu hermano no me quiere.

LOLA

¿Por qué? No tiene ninguna razón para no quererte. Además, ¡qué importa! Tenemos el consentimiento de tu papá y de mi mamá, no importa nada Rafael...

PEPETE

Mi nena.

LOLA

Pepito.

Siguen hablando.

DON NARCISO

Es una alianza conveniente, señora. Mi hijo ha empezado a formarse su porvenir y puede ya hacer frente a la vida. Lolita está en edad para casarse; usted está ya avanzada en años, cualquier día Rafael se casará, se irá de su lado, y tendrá usted el apoyo de su yerno y de su hija.

DOÑA FE

¡Que mi hijo se irá! No, don Narciso. Rafael permanecerá siempre conmigo.

DON NARCISO

Supongo solamente.

DOÑA FE

Ni aun en suposición. Por lo demás, me gusta la pareja. Mire usted, don Narciso, ¡qué dichosa edad!

DON NARCISO

Sí, cuando estamos viejos lo echamos de ver.

DOÑA FE

Arreglado, hablaré con mi hijo. Cuente usted que por mi parte no hay ningún inconveniente.

DON NARCISO

Eso es hablar como gentes. Gracias. ¡Pepete!

PEPETE

Papá.

DON NARCISO

Ven a dar las gracias aquí a doña Fe.

PEPETE

¿Es posible?

LOLA

Mamá, ¿es posible?

DOÑA FE

Si estás tú en lo dicho...

LOLA

Sí, sí, mamá, más que nunca.

DON NARCISO

Negocio hecho. Vámonos, tenemos que ir á otros asuntos. Hasta la vista, señora. Simpatiquísima Lolita, hasta la vista.

DOÑA FE

Adiós, vaya tranquilo.

Mutis don Narciso.

LOLA

Oye, Pepe, no te olvides que esta noche vamos al teatro.

PEPETE

¡No faltaba más! Adiós, nena.

LOLA

Oye, llevas un clavel en el ojal, de esos que te dí.

PEPETE

Sí, sí.

Mutis. Vuelve a entrar.

Lola, se me olvidaba: mañana en la mañana te traeré unos bombones.

LOLA

Pasa a las diez. Oye, en el teatro, cuidado con que vayas a ver a las Martínez.

PEPETE

No, no, ni siquiera.

DON NARCISO

Entrando.

Vamos, hombre, ¿qué tantas cosas tenéis que deciros?

PEPETE

Voy, voy, papá.

Mutis los dos.

DOÑA FE

¿Estás decidida a este matrimonio? ¿No te arrepentirás?

LOLA

Sí, mamá, estoy completamente decidida. Y tú, ¿qué tienes que decir?

DOÑA FE

Estoy conforme con tu elección. Es rico, te conviene.

RAFAEL

Entrando.

Qué pegazón la de tu novio, nena. Y dime, ¿no te aburres?

LOLA

¿Te aburrirías tú con tu novia?

DOÑA FE

¿Tienes novia? Me alegro. Y dime, ¿quién es la señorita agraciada?

RAFAEL

Ninguna, mamá. Lola se empeña en ver cosas que no existen.

LOLA

No es ningún pecado.

DOÑA FE

Supongo que...

RAFAEL

No supongas nada.

DOÑA FE

Bueno, sentiré mucho que algo me ocultes. Quisiera ser para ti tu mejor amiga, tu confidente.

Mutis. Pausa.

LOLA

¿Por qué estás tan triste?

RAFAEL

Mira, si otro día me sacas a cuento lo de Luisa, te estrangulo.

LOLA

Pero, ¿qué tiene de particular?

RAFAEL

Tú no sabes ni comprendes ciertas cosas. Es mejor que te calles. ¿Crees, acaso, que me opongo a tu matrimonio y por eso me molestas? Estate tranquila. Si es tu gusto tratar con ese imbécil, muy libre eres de hacerlo, pero déjame en paz, ¿eh? déjame en paz.

LOLA

Nunca has estado así, ¿qué te pasa?

RAFAEL

Se llega a colmar la medida y hay que hacer esfuerzos para no pegarse un tiro.

LOLA

¡Ay! Me asustas con tus cosas. ¿Te ha regañado mamá?

RAFAEL

No se mata uno por simplezas. Estoy cansado, fastidiado, hastiado de esta vida. Tú eres feliz, Dolores, tú no sabes lo que es gemir encerrado en una jaula de mimos y caricias; tú no sabes lo que es ansiar la libertad cuando se está detrás de una reja que no puede romperse porque la ha puesto "una madre." ¿Comprendes por qué hablo de matarme?

LOLA

No muy bien. No sé que te falta. Los quebraderos de cabeza que te dan los asuntos de la casa no son motivos para desesperarse. Es cierto, mamá es muy celosa, nos quiere mucho, tiene miedo de que te corrompas con amistades que no debes tratar. ¿Por eso te quejas?

RAFAEL

Mira, no hablemos más de esto, porque es perder el tiempo. A propósito, parece que mamá aprueba tu matrimonio.

LOLA

Habló con don Narciso, y ha dado su consentimiento.

RAFAEL

¿Y ni siquiera para cubrir las apariencias, no dijo que me consultaría?

LOLA

Sí, le dijo que iba a hablarte.

RAFAEL

Vaya, me conformo con que no me ponga en ridículo con los extraños.

LOLA

¡Qué malo eres, Rafael!

RAFAEL

Y dime, ¿estás enamorada de ese imbécil?

LOLA

¡Cómo lo tratas! Enamorada, hijo, no. No es hombre que merezca tanto. Le tengo cariño, lo estimo, el pobre es muy bueno conmigo. Nada más. Me conviene. Es rico, y, sobre todo, trata las cosas con formalidad. En estos tiempos no hay que desperdiciar pensando en el amor y en el romanticismo. Debemos ser prácticos. Mamá de un día a otro puede morirse, tú te casarás, te irás, quién sabe lo que será de ti, y yo, ¿qué me quedo haciendo?

RAFAEL

¡Magnífico! Aquí se han trocado los papeles. El romántico soy yo, y tú tienes un sentido práctico aterrador.

LUISA

Dentro.

¡Lola! ¡Lola!

LOLA

Luisita.

RAFAEL

Cuidado con lo que te dije.

LOLA

Sí. Pasa, ven, aquí estoy, en el corredor.

LUISA

Entrando con Benítez.

¡Ah!, me vengo muriendo. El sol está que quema. ¿Cómo estás, Linda?

BENITEZ

¡Hola, Rafael! Y ¿doña Fe?, Lolita.

LOLA

Siéntate, mira cómo vienes. Siéntese, señor Benítez.

LUISA

Por poco me quedo sin llegar. Parece que las piedras se derriten. Se sienten como rayos en los ojos. ¡Uf!

RAFAEL

¿Dónde se encontraron?

BENITEZ

Llegaba yo a la esquina cuando vi a Luisa. ¿Su mamá?

LOLA

Está allá dentro.

BENITEZ

Me dió para ella un recado doña Consuelo.

LOLA

¡Ah!, esa señora. ¡Qué miedo le tengo!

LUISA

¿Por qué?

LOLA

Porque tienen ella y su hija una lengua infernal. ¿No conoces a Cuca, la famosa Cuquita, que es una buena mustia?

LUISA

No.

RAFAEL

Oye, oye, te quejas de doña Consuelo y estás tú haciendo lo mismo.

LOLA

Qué le dijo, señor Benítez. ¿Se puede saber?

BENITEZ

¡Cómo no! Me encargó le dijera a su mamá que no habían podido venir porque Cuquita estaba un poco enferma, digo estuvo, pero que hoy, sin falta, estarán a saludarla.

LOLA

¡Horror! Me voy, dentro de un rato me voy aunque sea a recorrer calles. Yo no las soporto.

LUISA

¿Tan malas son?

LOLA

No te imaginas.

BENITEZ

Dígame, Rafael, ¿por qué no decide de una vez a su mamá para que lo deje trabajar en nuestro grupo? Usted es un joven brillante, que puede hacer mucho.

RAFAEL

Me canso ya de decírselo. A veces me figuro que todo será inútil y que estaré metido en este caparazón por toda la vida.

BENITEZ

Sería vergüenza. ¿Me autoriza? Trataré de convencerla.

LOLA

Sí, sí, hágalo usted. Figúrese que ha estado pensando en que una prisión, un tiro, el suicidio. No sé que le pasa. Me ha asustado.

LUISA

¿Es posible?

LOLA

Vamos, lo llevaré con mi mamá.

BENITEZ

Con permiso.

Mutis Benítez y Lola.

LUISA

¿Es cierto, Rafael? ¿Es cierto lo que dice Lola?

RAFAEL

Exagera.

LUISA

¿Acaso es por aquéllo? ¿Te has arrepentido?

RAFAEL

No, Luisita. Tengo remordimientos, pero nada más.

LUISA

¿Qué has pensdo? ¿Qué vas a hacer? ¿Cuál va a ser la resolución?

RAFAEL

No he pensado en nada, no puedo pensar.

LUISA

¿Pero es que me vas a dejar así? ¿No piensas en si tendrá consecuencias? ¿No te das cuenta de mi situación?

RAFAEL

¿Qué quieres que haga? Tengo que hablarle a mi madre, te lo he prometido, pero será hasta que haya una oportunidad. Hay que preparar el terreno, que buscar el momento oportuno, de otro modo todo se perderá. Tú no conoces a mi madre.

LUISA

¿Por qué entonces, si sabías que tu madre se opondría, no te detuviste a pensarlo? ¡Infelices de nosotros! ¡Qué hemos hecho! Yo creía que en la vida todo se arreglaba con cariño, te dí todo lo que podía darte, y ahora tengo que venir a suplicarte que no te olvides de mí, que pienses en la reparación.

RAFAEL

No digas eso. ¿Te arrepientes? ¿Te pesa? El dón que me diste ha sido el único que he recibido en mi vida obscura, sin ningún aliciente, sin ninguna cosa que hubiera podido hacérmela menos monótona. Aquel día fuí feliz, Luisa, me sentí fuerte, libre, tuve un bello sueño. Pero era sólo un sueño. La realidad se ha encargado de despertarme, y he vuelto a encontrarme detrás de la reja, metido en mi eterna jaula. No debes reprocharme nada. Ni tú ni yo somos culpables. ¿Podíamos detenernos? ¿No sentías tú que era imposible poner freno a nuestro deseo? ¿No sentías que nuestra ilusión era muy dulce?

LUISA

Pobres de nosotros.

RAFAEL

Sí, pobres de nosotros. Pero no llores. Necesitas tener valor para que yo pueda tenerlo. Mira, soy débil, tengo que hacer un esfuerzo para hacer frente a estas cosas.

LUISA

¿Tiemblas? Y, ¿por qué si te faltaba entereza no huiste aquel día fatal? ¿Por qué me has venido engañando día por día con promesas, siempre promesas, buscando a cada nueva súplica un nuevo pretexto? Para ti no significa esto nada. Pero, ¿yo, yo? Me has lanzado a un abismo, mi caída no acabará nunca. ¡Nunca! ¡Ay! Rafael, ¿qué es lo que hicimos? ¡En qué tormento vivo desde entonces! No me atrevo a mirar a mi madre. Se me figura que verá en mis ojos la imagen de los tuyos, y en mi frente la mancha que no se borra, y me dirá reproches intolerables, sin saber, sin saber que la culpa es de la vida que nos hace débiles, pequeños, locos, llenos de flaquezas, para luchar con pasiones más fuertes que nosotros.

RAFAEL

Te juro, por mi honor, que no te abandonaré nunca. Suceda lo que suceda. ¡Nunca!

LUISA

Y, ¿qué valor puede tener para mí ese juramento? ¿No has dicho que no tienes valor para afrontar la situación?

RAFAEL

Es cierto. ¿Qué hacer? Piensa tú.

LUISA

¡Pensar! Quisiera no saber hacerlo, para no sufrir más.

RAFAEL

No llores. Cálmate, puede venir mi mamá y...

LUISA

¡Sería mejor! Entonces hablaría yo. Ella que es madre comprendería este dolor.

RAFAEL

Ella no comprendería nada, porque es implacable.

LUISA

¿No piensa, acaso, en que podría sucederle a Lola?

RAFAEL

Sólo pensaría de acuerdo con su conciencia.

LUISA

Y, ¿qué le diría su conciencia?

RAFAEL

Lo que le dice a todas las mujeres que son ferozmente honradas.

LUISA

Sí, sí, no hay enemigo peor que ellas. Pero entonces, ¿se ha perdido todo? ¿Me vas a abandonar, o por conmiseración me conservarás como tu amante?

RAFAEL

¡Cállate! No lo debes decir. Te hieres tú misma. No sabes lo que dices. Yo lucharé hasta lo último por ti. Sufro lo mismo que tú, más todavía, más que tú, porque veo venir la ruina sin saber lo que debo hacer.

LUISA

¿Sin saber lo que debes hacer? ¡Cobarde!

RAFAEL

Me insultas.

LUISA

A veces tengo ganas de odiarte. A veces quiero sacudirte, gritarte todas las palabras que se me hacen aquí un nudo, aquí. Quisiera inventar algo que te fuera matando poco a poco. Así, sólo así me conformaría con esta cosa horrible.

RAFAEL

¡Estás loca! Te exaltas de un modo...

LUISA

Pero si veo que eres tan indiferente.

RAFAEL

¿Me quieres reprochar?

LUISA

Me canso de suplicar.

RAFAEL

¿No me quieres ya?

LUISA

¿Crees que viniera a rogarte, que tuviera el valor de venir a rogarte, no teniéndote cariño? ¿Podría venir a humillarme como lo hago?

RAFAEL

Eres la única mujer que merecía algo mejor en suerte. Eres de las pocas que no hacen del amor su negocio. Te entregaste a mí sin mirar tu conveniencia, sencillamente, has subido a mis ojos. No destruyas este concepto que tengo de ti con palabras violentas.

LUISA

Muy sencillo, ¿y los conceptos lo solucionan todo? ¡Qué niño eres, Rafael!

RAFAEL

No dudes de mí, no me reproches nada. Yo lucharé hasta el fin, pero quiero saber que no me odias, que no me desprecias, ni te arrepientes.

LUISA

El que se arrepiente eres tú. El que me despreciará serás tú, porque eres hombre, rico, los amigos te harán olvidarme; sin sentir, poco a poco, el tiempo te irá borrando mi recuerdo. Yo soy una pobre muchacha caída a quien todos condenarán.

RAFAEL

Aquel que se atreva...

LUISA

¿Qué le harás? ¿No será la primera tu madre? ¿Qué le harás a tu madre en mi defensa?

RAFAEL

Eres cruel. No te conozco. Dices cosas de las que no te creía capaz. No eras así.

LUISA

La vida me ha enseñado a serlo. En esta lucha veo ya el final negro, como todos los finales. Tengo también tu cobardía, no me atrevo a soportar las consecuencias sola, yo sola. Mi madre está muy enferma; cuando lo sepa, morirá. Esa muerte caerá sobre nosotros, sobre mí. Yo la habré matado, por entregarme ciega a ti, sin mirar la distancia. No trates de engañarme con palabras bonitas. Sé que tienes buen fondo, pero no eres capaz de realizar una obra buena. Tus sentimientos se quedan dormidos, y pasas, pasas como el más vil, porque comprendiendo y pesándote el mal que haces, no eres capaz de remediarlo.

RAFAEL

¡Cállate!

LUISA

¡Déjame! ¡Déjame!

RAFAEL

Has venido a insultarme y he tenido paciencia. Ahora debes tenerla tú también. Mírame, ¿por qué no quieres verme? Mírame.

LUISA

¿Por qué eres así? ¿Por qué eres así?

RAFAEL

Déjame luchar. Te prometo remediar esto. No llores. Te pueden ver, y ¿entonces?

LUISA

¿No me engañas? ¿Todavía me quieres? Dime que me quieres, necesito saberlo para tranquilizarme.

RAFAEL

Sí, ya lo sabes.

LUISA

Es verdad. Sí, mira, ya no lloro. Es que.... como he su-

frido de una manera tan rara, llegué a creer... No sé. Creí que tú... Me entró tanto miedo...

LOLA

Entrando.

Muchachos, vamos al jardín. ¿Por qué lloras, Luisa?

LUISA

Le contaba de mi mamá, que está muy enferma, y he llorado.

LOLA

No te apures. Dios tendrá misericordia de todos. Anda, alégrate, vamos al jardín.

RAFAEL

Sí, vamos, el fresco te hará bien.

LUISA

Vamos.

LOLA

Si vieras las azáleas tan bonitas que me trajeron.

Mutis. Pausa.

DOÑA FE

Entrando con Benítez. Permanecen un momento en silencio, al extremo de la escena, mirando al jardín.

¿Me asegura que es un partido serio?

BENITEZ

Completamente. Rafael allí encontrará jóvenes de su edad, animados de las mejores intenciones.

DOÑA FE

No tengo confianza en las intenciones.

BENITEZ

Ni yo, señora, pero se contrarrestan los males que se experimentan por un lado, con las ventajas que pueden obtenerse por el otro. Rafael tiene grandes bríos que sería una lástima se desperdiciaran inútilmente. Es un crimen tenerlo así. Nuestra situación actual necesita que todos los hombres de buena voluntad se agrupen, que combatan al enemigo común: la anarquía, para salvar lo poco bueno que tenemos.

Se escuchan voces y risas en el jardín. Las campanas de los templos cercanos llaman al rosario. Va atardeciendo poco a poco

Además, ¿qué objeto persigue al tener a un muchacho como él en esta peligrosa pasividad? Será campo descubierto y propicio a las emociones falsas, a los conceptos erróneos, a todos esos enemigos del hombre, que trabajan en la sombra, acechando siempre.

DOÑA FE

Me ha convencido usted.

Pausa.

BENITEZ

Oiga usted, oiga usted, ¡la juventud! Para ella no hay tristezas, ni desengaños, ni amarguras. Vive la vida sin ninguna inquietud.

PETRA

Entrando.

Ya vengo, señorita, me voy al rosario.

DOÑA FE

No te tardes.

PETRA

No, señorita, no tenga cuidado, nomás voy aquí cerquita, horita vuelvo, no me "dilato."

Mutis

DOÑA FE

¡Cómo ríen! Voy a llamar a Rafael. ¡Se pondrá tan contento! ¡Rafael!, ¡Rafael!

RAFAEL

Dentro

¿Me hablas, mamá?

DOÑA FE

Sí, ven un momento.

RAFAEL

Entrando

¿Qué quieres, mamá?

BENITEZ

Doña Fe se ha decidido. Desde hoy es usted, Rafael, todo un hombre. Va a saber lo que es la lucha.

RAFAEL

¿Es posible? ¡Al fin!, ¡Al fin!

Entran Lola y Luisa

¡Mi sueño! Ser libre, luchar, tener algo en qué ocuparse, no pensar en lo largas que son las horas, ni en el fastidio de ver que otros tratan de llegar a un objeto, sin tener yo ninguno. ¡Tanto tiempo! ¡Tanto tiempo de esperar!

DOÑA FE

Sí, hijo, sí. Puedes estar tranquilo. ¿Cómo está, Luisa?

LUISA

Señora...

DOÑA FE

¿Su mamá? Hace poco preguntaba a Benítez por ella.

LUISA

Como siempre, con sus males, pero confío en Dios que...

LOLA

Rafael está muy contento, mamá.

DOÑA FE

Tiene motivos, es ya un hombre de misión. ¿Por qué te ríes? ¿No lo crees capaz?

LUISA

A Rafael

¡Has hablado! ¡Venciste! ¡Qué contenta estoy! Mírame, ¿por qué no me miras? Todo lo que he sufrido ya no es nada comparado con esta alegría.

RAFAEL

Quiere hablar, se contiene, vacila.

Sí, bueno, es...

LUISA

Me voy, me voy. ¡Si viera usted, señora, lo contenta que estoy!

DOÑA FE

La juventud siempre está alegre, más aún teniendo motivos para una alegría mayor. Saludos a su mamá. Por allá iré un día de estos.

BENITEZ

La acompaño. A los pies de usted señora. Lolita, buenas tardes. Rafaelo, ya hablaremos extensamente.

RAFAEL

Adiós.

Queda indeciso mirando a Luisa que se aleja sonriendo con Lola y Benítez, hasta que hacen mutis.

DOÑA FE

¿Por qué las miras así? ¿Qué te pasa?

RAFAEL

Mamá... Luisa... yo

DOÑA FE

¡Ah!, ¿Luisa es la novia?

RAFAEL

Más, mucho más, mamá, mamá, Luisa es...

DOÑA FE

¡Jesús! ¡No digas! ¡Cómo! ¡Tú! Mi hijo, ¡has descendido a eso! Y ella, la...

RAFAEL

Cállate, ni una palabra más. Cállate mamá, te lo suplico. No hables nada, por favor, no digas nada...

Se deja caer sobre una silla apretándose la cabeza con las manos

TELON

ACTO SEGUNDO

Recibidor amueblado anticuadamente, con sillones, consolas y algunos retratos. En lugar preferente, bajo capelo de cristal, un crucifijo. Piano antiguo.

DOÑA CONSUELO

¡Qué satisfecha se sentirá usted!

DOÑA FE

Mucho. Si no fuera porque no faltan cosas de qué apenarse.

ESTHER

Muy cierto: la considero por aquella mujer.

Siguen hablando.

LOLA

Y usted, Cuca, ¿cuándo se casa?

CUCA

Yo qué quisiera, pero Ricardo me acaba de escribir que vendrá a casarse hasta fines del año.

PEPETE

Apréndanos Cuquita, en la rapidez. ¿Dónde está ahora el caballero de sus pensamientos? ¿En los Estados Unidos? Supongo que vendrá muy rico, y estará ansioso de efectuar el matrimonio cuanto antes.

CUCA

¿Quién sabe? Los hombres son ingratos. Ustedes deben ser muy felices.

Siguen hablando.

BENITEZ

Es natural. Le falta firmeza. Deje usted que lo apalee la suerte, y tendremos a un hombre hecho y derecho.

WILEBALDO

Hay que estar sobre aviso. ¿No le parece?

BENITEZ

¿Para qué?

WILEBALDO

Rafael es un muchacho, le falta experiencia y excepticismo para esta clase de luchas. Le aseguro que cree, como dos y dos son cuatro, que el voto popular es sagrado e inapelable, y cuando llegue a saber... vamos, que si lo eligen habrá sido por el dinero gastado y los garrotes...

BENITEZ

Ja, ja, ja, buen cuidado tendrá cuando lo sepa, de no darse por aludido. Porque, hombre, cuando ya se tiene la credencial en la bolsa, y se pesan las ventajas que trae el puesto, yo creo que se ha de pensar mucho hacer una tontería por simples idealismos, que en nuestro medio resultan otras tantas tonterías.

WILEBALDO

Me temo que...

BENITEZ

No tema nada. Lo esencial es "entrenarlo," como dicen los yanquis, acostumbrarlo a los chaparrones, a las combinaciones, al juego que hoy es y mañana no. Ya verá usted, ya verá qué discípulo resulta.

Siguen hablando.

DOÑA FE

Una cosa terrible aquel día. De él no me llama la atención, al fin y al cabo es hombre, nada pierde. Me admira ella, su cinismo de venir a mi casa, de hablarme y tutearse con mi hija, como una señorita.

Todos prestan atención.

Cuando lo supe temí morir de cólera.

LOLA

Mamá, no juzgues a Luisa de ese modo. Si hay alguien a quien debe echarse la culpa, debe ser a los dos por igual. ¿Por qué nada más a ella?

DOÑA FE

El es hombre.

LOLA

¿Por eso es menor su culpa?

DOÑA CONSUELO

Si ella no hubiese querido...

LOLA

No se trata de eso. Hecho consumado no tiene suposiciones. ¿Los dos cometieron esa falta, verdad? Pues bueno, que los dos carguen con la culpa.

CUCA

Dicen horrores de esa muchacha. Que ella fué la que enamoró a Rafael, que no sabía cómo llamarle la atención. ¡Dicen unas cosas! Parece mentira que una muchacha como esa, que parecía tan seriecita, haya resultado así.

LOLA

¡Cómo es la gente!

PEPETE

¡Bah!, una más.

LOLA

No hables, que no sabes en realidad lo que pasó.

PEPETE

Perdona, suponía que tu mamá decía la verdad.

DOÑA FE

En estos tiempos la moral y las buenas costumbres se van perdiendo. ¿Cuándo se habían visto cosas semejantes a las que ahora se están viendo? Dígame si no, doña Consuelo. Se casan y se divorcian, con una naturalidad, como cambiarse de domicilio. Las muchachas, antes del matrimonio, saben más que un hombre. No hay respeto para el hogar, ni la sociedad. Dentro de poco ya no podremos salir las gentes decentes, porque por todos lados se revuelven con nosotros las perdidas, que quieren quitarnos nuestros hijos o nuestros maridos. No sé qué vamos a hacer. Indecencia por todos lados. Si es el baile, ¿cuándo se había visto que anduvieran tan abrazados, hicieran tantas contorsiones y cosas por el estilo? ¿Cuándo se había visto que las muchachas se fueran al cine con los novios y aprovecharan la obscuridad?...

BENITEZ

No hay por qué asustarse. Son esparcimientos muy naturales de la juventud.

DOÑA CONSUELO

En mi tiempo las muchachas no hacían eso.

BENITEZ

Porque no había cines, ni se usaba el fox. En cambio se iban a la iglesia, como aún se usa en los pueblos, y allí, entre oración y oración, una miradita al altar y otra al novio. ¿No es peor? Ustedes que son personas religiosas comprenderán que se faltaba al respeto, mayormente que ahora, porque era

un santo lugar, y al buen cura se le obligaba a ejercer papelitos poco airosos.

ESTHER

¡Jesús! Qué lengua tiene usted. Con todo y eso había menos prostitución que ahora.

BENITEZ

No pongo en duda sus palabras.

WILEBALDO

Entonces será preciso casarse cuanto antes, porque el mal cunde.

CUCA

¿Por qué no se casa usted, señor Benítez? Es un pecado que habiendo tantas muchachas sin casarse, usted, un hombre culto y decente, se quede soltero.

BENITEZ

Por muchos motivos no me caso. En primer lugar, porque el celibato significa la libertad. Segundo, porque tengo un carácter que no haría gracia a ninguna mujer, por decidida que estuviera, y ¿para qué he de hacer desgraciada a una infeliz criatura, que estará mejor en su casa suspirando eternamente a lo que no viene, y tejiendo servilletas para la mesa de su sala? Soy ya viejo, los cincuenta con sus nieves se acercan; dentro de poco vendrán los achaques, y dígame, a qué mujer, por valiente que sea, le gustará cargar con un viejo inútil y fastidioso?

DOÑA FE

Se calumnia, Benítez.

BENITEZ

No señora, me conozco.

WILEBALDO

Es curioso. Ningún hombre se ha preocupado nunca por saber si hará feliz o desgraciada a una mujer. Cuando le

ocurre casarse, o simplemente unirse, lo hace porque sí, porque se le antoja, y no reflexiona, ni por un momento, en si tiene buen o mal genio, o si es joven o viejo. ¡Al contrario! Los viejos son los más despreocupados en estos asuntos.

DOÑA CONSUELO

¿Pero qué haces, Cuca, que no hablas?

LOLA

Piensa en Ricardo.

CUCA

No, no es verdad.

PEPETE

Yo la oí suspirar.

CUCA

¡Cómo son ustedes!

WILEBALDO

¿Ese señor Ricardo es su prometido, señorita?

CUCA

Sí, señor.

ESTHER

Está próxima a casarse. Dichosa usted, Doña Consuelo, que al fin va a ver a su hija casada. Pero yo... Tengo un miedo horrible de que mi nena se vaya a corromper. Esta es la única casa donde la dejo venir, sin recelo, esta es una de las pocas casas donde conservan las antiguas buenas costumbres.

DOÑA FE

Gracias Esthercita.

BENITEZ

No hay que confiar en nada, a lo mejor resulta que tras de la cruz está el diablo.

DOÑA FE

No diga eso, Benítez. Me parece que se está usted volviendo cínico.

BENITEZ

Líbreme Dios. Para ser cínico se necesita tener talento, de lo contrario se resulta un majadero.

WILEBALDO

Famosas teorías.

ESTHER

¿Y usted, Wilebaldo?

WILEBALDO

Yo no soy cínico, ni talentoso, ni inteligente, ni majadero. No tengo la pretensión de ser conquistador. Me conformo con ser un hombre que toma la vida como se presenta, sin pensar en nada más.

DOÑA CONSUELO

No está malo, pero tampoco hay que ser indiferentes, porque es tanto como convertirse en egoísta.

WILEBALDO

No comprendo la palabra egoísta.

DOÑA CONSUELO

Egoísta es aquel que no practica la caridad.

WILEBALDO

¿La caridad en qué sentido? Si se trata de dar dinero, yo no soy capaz de darle cinco centavos a un limosnero, porque sé que miente siempre. Es ayudarle al vicio—conste que no soy moralista, y que si no combato los vicios, tampoco los fomento—otra cosa, un limosnero es repugnante, sucio, asqueroso, vil. Es muy bella la caridad, señora, para que se desperdicie de ese modo.

DOÑA CONSUELO

¿Entonces qué entiende por caridad?

WILEBALDO

No hagas a otro lo que no quieras te hagan a ti.

BENITEZ

Precepto evangélico.

WILEBALDO

Precepto sapientísimo.

ESTHER

Son ustedes locos.

DOÑA FE

Yo acostumbro todos los sábados dar de comer a tres pobres, en memoria de las tres divinas personas.

WILEBALDO

¿No sería mejor, en lugar de dar de comer a tres individuos que han resuelto el problema del trabajo, puesto que tienen quien les dé de comer, no sería mejor, digo yo, ayudar a rehabilitarse a alguna criatura caída en desgracia?

DOÑA FE

¿Como qué? Siempre estoy dispuesta a practicar la caridad.

BENITEZ

Por ejemplo, alguna pobre muchacha, que por lo que usted guste, culpable o no, ha caído de la estimación de las gentes.

DOÑA FE

Les ruego que no hablemos de esto.

ESTHER

¡Qué poco tacto!

WILEBALDO

Ruego a usted me perdone.

BENITEZ

No he tenido ninguna intención...

DOÑA FE

Ni una palabra más.

LOLA

¿Qué habrá sucedido que no viene?

PEPETE

¿Qué quieres que suceda? En estos momentos las felicitaciones no los dejarán moverse.

BENITEZ

Se prodigan las felicitaciones a manos llenas. Cuestan tan poco...

WILEBALDO

Ya quisiera ver a los que hoy felicitan, cuando les salga mal el negocio.

DOÑA FE

¿Qué negocio?

WILEBALDO

El de que Rafael se olvide de sus promesas y...

BENITEZ

¡Qué está usted hablando!

DOÑA CONSUELO

Rafael no es perjuro, lo que ofrece lo cumple. Si no, sus amigos deben obligarlo a que cumpla.

ESTHER

Eso es.

DOÑA FE

Me ha quitado la palabra de la boca.

BENITEZ

Cumplir por la fuerza no tiene ningún mérito.

LOLA

Desgraciadamente, Rafael ha ofrecido cosas que ahora todos se empeñan en que no cumpla.

DOÑA FE

¿A qué te refieres?

LOLA

En realidad a nada, mamá.

DOÑA CONSUELO

Cuca, hija, ¿por qué no hablas?

PEPETE

Déjela usted; piensa en Ricardo.

CUCA

Cómo le gusta levantar falsos.

WILEBALDO

No señorita, le gusta endulzar los oídos. ¿Acaso no es una bella galantería recordarle a una dama el nombre del amado? Decirle a cada momento: "Ricardo, Ricardo," es como ensalzar su belleza o hacerle un cumplido de los que deben haber usado aquellos caballeretes de cabeza empolvada del tiempo del Rey Sol. Ricardo, de tanto oirlo nombrar, se me figura otro Corazón de León, con ternura de paloma.

BENITEZ

Ja, ja, ja, las galanterías se le facilitan demasiado.

WILEBALDO

No sea descortés.

BENITEZ

Al contrario, las apruebo.

DOÑA CONSUELO

Después de todo, no es tan antipático este señor.

DOÑA FE

Si no fuera porque tiene ciertas ideas...

ESTHER

Es natural, en los hombres... todo es perdonable.

DON NARCISO

Entrando con Rafael.

¡Hola! ¡Casa llena! ¡Uf!, ¡uf!, qué cansado estoy.

PEPETE

Siéntate, papá.

DOÑA FE

¡Rafael!

RAFAEL

Mamá, qué contento estoy. Este es el día más feliz de mi vida. Cómo te agradezco tus desvelos, tu dedicación, tu cariño. Me has hecho que sepa saborear la libertad, esta libertad tan dulce, tan querida, con la que tanto tiempo soñé. Ahora me siento alguien, un hombre. Ya no pienso en la inutilidad, ni en el cansancio de no hacer nada. Gracias.

DOÑA CONSUELO

¡Qué conmovedor! Casi estoy llorando.

ESTHER

Es un buen hijo.

DOÑA FE

Hijo, mi Rafael, yo...

RAFAEL

No llores, mamá, ponte alegre, como yo estoy.

DOÑA FE

Si es de alegría...

RAFAEL

Señorita, encantado de verla. Hermanita, ¿no vienes tú a darme un abrazo?

LOLA

Si tú quieres...

DOÑA FE

¿Qué es eso, Lola? Me parece que estás displicente con tu hermano.

LOLA

No, mamá.

DON NARCISO

Bueno, bueno, paso a la alegría y que se sequen las lágrimas. ¡Monumental! Ha hablado como un Castelar. Todos estaban boquiabiertos. Me sentía orgulloso.

DOÑA CONSUELO

¿Vieron allí al doctor Padilla?

RAFAEL

Es también candidato.

ESTHER

Pobre de Mariquita, su esposa, tan católica, tan buena, y el doctor un pillo, sinvergüenza, que está bien enredado con la Paca, la que fué mujer del pobre Sanchitos.

DOÑA FE

¡Ah!, ¡oh!

DOÑA CONSUELO

¿Cuquita, no tienes calor? Vete al balcón.

BENITEZ

En los hombres todo es perdonable.

DOÑA CONSUELO

No quiero que sepa estas cosas, no es conveniente.

WILEBALDO

Al contrario, señora, debía oírlas. Se pondría sobre aviso de la vida y de las cosas de la vida.

DOÑA CONSUELO

Es que no quiero que se pervierta.

WILEBALDO

Sería una mujer de completa experiencia.

DOÑA FE

No me querrá decir que es disculpable.

BENITEZ

Digo que como son pecados de poca monta, la esposa debe poner en juego todos los medios a mano para atraerlo.

DOÑA CONSUELO

¡La virgen de la Soledad nos ayude! ¿Va a hacer los papeles de las mujeres malas para atraer a los hombres? Fíjese usted que es la esposa, y tiene todos los derechos.

LOLA

¿Pero es que vamos a estar aquí murmurando y la merienda enfriándose?

RAFAEL

¡Has preparado merienda!

LOLA

Se trataba de ti, y quería festejarte.

RAFAEL

Gracias.

DON NARCISO

Vamos, vamos, siento un hambre feroz, para comerme a dieciocho moros con sus correspondientes moras.

PEPETE

A que mi papá tan chistoso, ja, ja ja.

RAFAEL

Vamos.

Mutis todos, excepto doña Consuelo, Cuca y Benítez.

BENITEZ

¿Señora, me permite usted?

DOÑA CONSUELO

No, pase, tengo que hablar con Cuca.

BENITEZ

¡Ah!, como usted quiera, con su permiso.

Mutis.

DOÑA CONSUELO

¡Cuca!

CUCA

Mamá.

DOÑA CONSUELO

No seas tan imbécil. Te digo que debes hablar, llamar la atención. Mira, Rafael puede convenirte. Conque ya lo sabes.

CUCA

¿Y Ricardo?

DOÑA CONSUELO

¡Qué importa! Hija, hay que tener dos velas encendidas por la que pueda apagarse.

RAFAEL

Entrando.

¿Pero qué hacen aquí?

DOÑA CONSUELO

Cuca se arreglaba el peinado.

RAFAEL

Pero si así está muy bien.

Ofrece el brazo a doña Consuelo y a Cuca.

¡Qué feliz! Entre una madre modelo y una hija encantadora.

CUCA

Qué galante es usted, Rafael.

Mutis. Pausa.

PETRA

Entrando con Luisa.

Mire usted, mejor váyase, no haga por verlo. Ya sabe que aquí vive y no paga renta, pero...

LUISA

No, Petra, es necesario.

PETRA

Pobrecita de usté. ¿Si acuerda de cuando venía a jugar con la niña Lola? ¿Y que el niño Rafail las espiaba? ¿Si acuerda de en cuanto que yo hacía dulce, pos no iban pa que les diera, así, calentito?

LUISA

No me acuerde nada, no quiero saber ya nada. Necesito hablarle.

PETRA

Pos si no se puede, ya lo sabe, que en cuanto digo que no se puede, pos es porque no se puede.

LUISA

¡Ah, es que no quiere recibirme!

PETRA

Líbrenos María Santísima. No, yo mesma no me prestaría pa ese juego. Niña, no le puede hablar porque está comiendo con sus amistades.

LUISA

¡Ah!

PETRA

¿Qué le pasa?

LUISA

Sufro mucho, Petra.

PETRA

Pos porque quere.

LUISA

¡Porque quiero! Mejor dirás que porque lo quiero.

PETRA

Es lo mismo. Mire niña, oiga este buen consejo de una gente de esperencia. Lo mejor es que se vaya y deje la música en paz. Lo ques que si doña Fe sabe...

LUISA

¿Qué? Le hablaré a ella también.

PETRA

Ta uste loca.

LUISA

Yo creo que sí.

PETRA

Mire, mejor váyase.

LUISA

Le agradezco sus consejos, pero no me voy. Es necesario que vea a Rafael. Hágame el favor de hablarle.

PETRA

Pero si... ¡Ay, Madre Santísima de Guadalupe, ayúdanos! Pero cómo quere usté niña que vaya a dicirle: "¿Pos aquí lo buscan, niño Rafail?" ¿No se fija en que luego la señora Fe me preguntará que quén es? Y luego, pos yo le diré: "Pos yo no sé, señora Fe," y ¿pa qué quere que luego arme la gran bola? Usté, naiden más que usté, saldrá perdiendo. ¿Y qué necesidá hay de eso? Válgame Dios, ¿no tiene cuatro dedos de frente pa pensar?

LUISA

Si no va a hablarle, iré yo.

PETRA

¡Ni lo permita Dios! Pos de veras que ta usté loca pa ocurrírsele esas cosas. Voy, voy, pos ya que usté lo quere....Allá le haya. Después no diga que no le alvertí. Mire, si oyera la señora Fe lo que liacabo de dicir, pos luego dirá que yo juí tapadera, y mire que decirle a uno eso, pos resulta que le arde a uno la cara. Voy, voy, no se impaciente.

LOLA

Dentro

Petra, Petra.

PETRA

¡Madre Santísima!

LUISA

No tenga tanto miedo, que no le ha de pasar nada.

LOLA

Entrando con Pepete.

¿Dónde estás, Petra? ¿Qué haces? ¡Tú!

LUISA

Lola, perdona...

LOLA

Te habla mamá, Petra.

Mutis Petra.

Oye, Pepe, vete a hablarle a Rafael, dile que lo necesito.

PEPETE

Pero...

LOLA

Hazme favor de hacer lo que te digo.

LUISA

¡Qué buena eres! Has adivinado que...

PEPETE

Si tú quieres...

Mutis

LOLA

Siéntate. No sabes cómo te compadezco. Tengo que hacer esfuerzos para no saltar y decirle a mi madre dos o tres verdades.

LUISA

No, Lola, no hagas eso. Te agradezco que no me condenes como los demás.

LOLA

Tú has sido mi única, mi verdadera amiga, y ahora, con esto, tengo que adoptar una actitud muy difícil de sostener.

LUISA

No quiero que te pongas en mal con tu mamá por mí. Sería mucho pedir. Sólo quiero que en tu corazón no me condenes, que comprendas este dolor. Nada más. Deja que los demás digan lo que quieran.

LOLA

Pobre de ti. ¡Cómo fué a suceder!

LUISA

¡Qué se yo! La suerte que a cada uno nos toca. Eso es todo. Dichosa tú que desconoces estas amarguras. ¿Eres feliz?

LOLA

Quién sabe. Por todas partes oigo que me envidian, pero siento yo un vacío, algo que no comprendo. No sé explicarte, no sé si mi matrimonio ha sido una fortuna o una tontería.

RAFAEL

Entrando con Pepete.

¿Me hablas, Lola? ¡Ah, Luisa!

LOLA

Yo precisamente no, es aquí Luisa la que quiere hablarte.

RAFAEL

Hazme favor de dejarnos solos.

LOLA

Vámonos, Pepe. Me quedaré en la otra pieza vigilando.

Mutis.

RAFAEL

¿Qué has venido a hacer?

LUISA

Me llama la atención que lo preguntes.

RAFAEL

¿No comprendes que es inconveniente tu presencia en esta casa?

LUISA

¿Te has fijado tú nunca, ni yo tampoco, en las conveniencias?

RAFAEL

Te prometí que trataría de arreglar las cosas de la mejor manera.

LUISA

No puedo ya vivir de promesas. ¡Hace tres meses de eso! ¿Qué has hecho? Trabajar para ti, trabajar sólo para tu porvenir, llenarte de adulaciones, marearte con enredos, y a mí me has hecho a un lado, no te has vuelto a ocupar de nuestro asunto. ¿Qué te dije? ¿No recuerdas aquella vez? Recuerda: "Tu serás el primero en despreciarme, porque eres rico, todos están empeñados en hacerte un hombre de importancia, y yo sólo soy una pobre mujer que nada puede ofrecerte, más que mi cariño." ¿Te acuerdas? ¡Cómo se ha encargado el tiempo de darme la razón!

RAFAEL

Eres injusta. Yo he tratado de convencer a mi madre.

LUISA

Sí, ya sé que está renuente.

RAFAEL

Luego no dirás que es mía la culpa.

LUISA

También lo sé. Sé que yo soy la única culpable, la que te enredé, la que te perseguí sin descanso, la que te seduje; y

tú, pobrecito, ¡un hombre! no podías faltar a tus tradiciones de hombre, y te dejaste pervertir, ja, ja, ja.

RAFAEL

¡Por qué hablas así! ¿Después de que con tu presencia puedes provocar alguna escena dolorosa, vienes a insultarme? ¡Qué pretendes con esa actitud! Crees que de este modo conseguirás que yo...

LUISA

Perdóname, no sé lo que hago, no sé lo que digo, estoy loca, estoy loca, todo se me ha trastornado. Sé bueno, comprende esta situación. No he podido ya ocultárselo a mi madre. No soy yo, es ella la que te reclama tu promesa. ¡Horrible! ¡Horrible! ¿Cómo no morí antes de que lo supiera? ¿Por qué no he tenido valor? Por ella te lo pido, ten piedad.

RAFAEL

No sé qué hacer, no sé qué hacer. ¿Cómo violentar la voluntad de mi madre? ¿Cómo decirle?

LUISA

Hazle ver que estás cometiendo un crimen. Hazle ver que mi madre morirá de pesar.

RAFAEL

No se conmoverá. Se perderá todo.

LUISA

Sí, para ti se perderá todo. Ya no tendrás dinero, ni oportunidad de figurar. Lo sé.

RAFAEL

¡Otra vez! ¿Crees que no lo hago porque tengo miedo de perder el dinero? ¿Crees que no lo hago porque me gusta ser de esos imbéciles que darían la vida por tal de verse elogiados en los periódicos?

LUISA

Entonces es porque no quieres.

RAFAEL

¡Basta! No admito que se me trate de ese modo. Si así lo crees, puedes tomarlo como gustes.

LUISA

¡Y me hablas de ese modo tú! ¡Y tienes el cinismo de venirme con delicadezas! ¿Y llega tu vileza a querer hacerme creer que no es por tu incurable cobardía por lo que no cumples tu palabra? ¡Canalla! ¿Dónde están aquellos tiempos en que hacías la fanfarronada de prometer? ¿Qué se hicieron esos días? ¿Dónde está aquella nobleza? ¡Ah!, Rafael, Rafael, voy comprendiendo que tu madre tiene razón. Sí, sí, mucha razón; yo, yo soy la culpable, yo soy la culpable de este infierno en que vivo, y de este dolor que mata a mi madre; yo, yo, porque creí que eras un hombre, sin ver que detrás de tu apariencia de hombre se ocultaba el monigote.

RAFAEL

Mira lo que dices.

LUISA

¡Qué me importa! Me das asco, sí, asco, suéltame, suéltame. No, no me callarás de ningún modo, no, aunque me mates, después de muerta verás en mi boca las palabras que no pude decirte. Sí, las verás dibujadas en mi boca. ¡Ay, suéltame!

RAFAEL

¡Cállate! ¡Cállate! Es diabólico tu poder. Cuando estoy lejos de ti me siento tranquilo, alegre; pero apenas te miro, apenas te oigo, ya no soy dueño de mí, me exaltas, me haces cometer cosas que me avergüenzan.

LUISA

¡Al fin! ¡Lo has dicho! Cuando estás lejos de mí te sientes alegre, tranquilo; es decir que, cuando me ves, te molesto, te

revuelvo todo el lodo que llevas, te recuerdo que somos de barro y podemos revolcarnos en él sin temor. ¡Qué poco favor te haces! Cuando fuí tuya no pensabas así.

RAFAEL

Y no me arrepiento.

LUISA

Ya lo sé. Te arrepientes de las consecuencias que te ha traído. Creíste que fácilmente me echarías de tu lado. Que con unos cuantos pesos me taparías la boca. Pobre de ti. A pesar de que soy una infeliz, te tengo lástima.

RAFAEL

Está bien. En ese caso me considero desligado de toda obligación.

LUISA

¡Qué fácil! ¡Qué fácil! Cuestión de cambiar los papeles para convertirse de ofensor en ofendido. Tienes habilidad, mucha habilidad.

RAFAEL

Estás hecha una furia, estás insufrible, no quiero soportarte. A riesgo de provocar un disgusto con mi madre te he recibido, pero es imposible tratar así. Puedes hacer lo que gustes, llamaré a mi hermana para que te acompañe a la puerta.

LUISA

¡Me corres! ¡Tú, Rafael! ¡Tú! ¡Qué cobarde eres! ¡No! ¡Qué cobarde soy yo! Debía tener valor para matarte como perro. Abusaste de mí porque sabías que nadie podía defenderme, que era sola, débil. Viste en mí el campo propicio para satisfacer tu deseo. Encontraste en mí a la mujer que nada pide, a la mujer que cuando estorba se le puede dar un puntapié. ¡Qué bien te salió! Ja, ja, ja. ¡Qué bien te salió! Una pobre vieja medio paralítica no podía ser un estorbo; una muchacha ignorante no era cosa peligrosa; y te hartaste de mí, me llenaste de lodo, llenaste de vergüenza a esa pobre vieja; y ahora que te pide la reparación, te ríes, me corres, te haces el ofendido... Ja, ja, ja.

RAFAEL

¿Qué tienes? ¿Por qué hablas así? ¿Te has vuelto loca?

LUISA

No podré volver a mi casa. No podré volver a ver a mi madre. ¡Qué voy a decirle! ¡Cómo voy a arrostrar sus súplicas, sus ojos, su voz! ¡Ah!, no puedo más, no puedo más.

RAFAEL

Cálmate, me haces sufrir. ¿Qué necesidad había de estas escenas dolorosas?

LUISA

¡No me toques! Me tengo horror, me tengo horror. Siento que todas las cosas que veo se manchan, que todas las cosas que toco se corrompen. Por todos lados me gritan: "Impura, impura." Las mujeres se apartan de mi lado, me señalan. ¿Ves? ¿Ves lo que has hecho? Todos me huyen, tú mismo, tú, sólo ves en mí a la hembra que te ha dado un placer, ¡a la hembra! ¡Ah!

Se deja caer sobre la silla llorando histéricamente.

RAFAEL

¡Lola! ¡Lola!

LOLA

Entrando.

¿Qué pasa?

RAFAEL

Ve lo que haces con esta mujer. Se ha exaltado, está loca, no sé lo que tiene.

LOLA

¿Ves a lo que ha dado lugar tu falta de reflexión? Luisa, ¿te sientes mejor?

LUISA

Sí... gracias... Lola... gracias...

RAFAEL

Perdona si...

LOLA

Déjate de pedir perdones; es ridículo.

RAFAEL

Dile a tu mamá que deploro estos dolores que ha provocado nuestra irreflexión, y que haré...

LUISA

¡Basta de promesas! Le diré lo que es cierto. Que todo se ha perdido, que puede morirse de una vez, para que no vea mi descenso; que se apresure a morirse, para que mis manos al cerrarle los ojos dejen en ellos una mancha, y no muchas como sucederá después.

LOLA

¡Qué cosas hablas! Cálmate de una vez. Reflexiona. Aunque quiera ayudarte, nada puedo hacer por ti, pero sí te aconsejaré. No debes humillarte de ese modo. No debes implorar así. Reflexiona. No se ha perdido todo. La vida es piadosa; ella te hará que poco a poco olvides. No llores, me estás haciendo a mí también llorar. Las lágrimas son malas consejeras, y la cólera también. Nada más puedo hacer por ti. Comprende que tengo razón.

LUISA

Sí, mucha, mucha razón. Eres como el que aconseja calma cuando alguien se ahoga, mientras él se encuentra tranquilamente en la orilla.

RAFAEL

¿Ves? No quiere ser razonable.

LOLA

Cállate. Mira, es mejor que te vayas.

RAFAEL

Pero...

LUISA

Sí, que se vaya, que se vaya. No quiero verlo. Todo ha acabado, todo... Cuando nazca el pobre sér, producto de tu infamia, lo enseñaré a odiarte, como yo te odio.

RAFAEL

¡Qué dices! ¡Habla!

LUISA

No te asustes. Pedía por él y por mi madre, pero no te asustes, puedes ir tranquilo, no te molestará, nunca sabrá quién fué su padre.

RAFAEL

¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué en lugar de usar palabras que me herían, no me dijiste simplemente: "Cumple con tu deber, que vas a ser padre?"

LUISA

Hay momentos en que la palabra "deber" sale sobrando, y en mi angustia no podía estar escogiendo las palabras que te fuesen agradables. ¡Bah!

RAFAEL

Perdóname, olvida lo que he dicho. He sido injusto. Me parecía... no sé... Todo se me confunde, por más esfuerzos que hago no logro saber sino que hemos sufrido mucho, que un hijo mío va a nacer y que yo no puedo abandonarlo, no puedo dejar que su madre me odie, porque me odiaría él también. Perdóname.

LUISA

¿Qué quieres que te perdone? Si nos hemos dicho cosas que no debíamos, ha sido por este exceso de amargura, por esta desolación que a mí me enloquecía, que tú no podías comprender. Sé bueno, Rafael. Yo siempre te he querido. Más ahora, mucho más, desde que...

RAFAEL

No te abandonaré nunca. Mira, no me importa mi madre. Mira, Lola, yo te juro por ese hijo que va a nacer, que no la abandonaré nunca.

LUISA

¿De veras? No puedo creerlo. Después de tanto sufrimiento, de tanta súplica, cuando todo creía perdido. Vuelve a repetirlo, ¿es cierto?

RAFAEL

No puedo engañarte.

LUISA

Me voy, perdona que haya venido a molestarte. Gracias, Lola, perdona estas cosas. Tú que eres mujer comprendes. No, es decir, eres la única mujer que me comprende. Parece mentira... Siento como si me hubieran desecho, como si ya no fuera yo. No sé si sufro o soy feliz. Rafael, dime otra vez, otra vez.

RAFAEL

No te abandonaré nunca.

LUISA

¿Lo oyes, Lola? ¡Nunca! Siento que me va a estallar el corazón.

LOLA

Por Dios, Luisa, Luisa, ¿qué tienes?

LUISA

Ya pasó, no es nada.

RAFAEL

Estás enferma, voy a llevarte a tu casa. ¿Te sientes mejor?

LUISA

Sí.

RAFAEL

Olvida todo. Voy contigo, y contigo estaré toda la vida.

LUISA

¿Contra la voluntad de tu madre?

RAFAEL

Sí.

LUISA

Déjame besarte las manos. Así, así. Me siento muy contenta y muy triste, muy triste, no sé por qué. Adiós, Lola, toda la vida no cesaré de agradecerte lo que has hecho por mí.

LOLA

Adiós, adiós.

Mutis Luisa.

RAFAEL

Adiós, hermana.

Mutis detrás de Luisa.

TELON

ACTO TERCERO

Cuarto amueblado pobremente, con ventana al fondo, que se supone tiene vista para la calle. El cuarto hace veces de salita y comedor. En el intervalo del segundo al tercer acto han transcurrido seis años.

Luisa, un poco fatigada de cuerpo y espíritu, en una juventud seria y reflexiva; Juanito, de cinco años; Benítez y Wilebaldo; el primero, notablemente envejecido.

LUISA

Y ¿qué quiere usted que se haga? Es verdad que el profesorado deja muy poco, pero soy incapaz de ganarme la vida de otro modo.

WILEBALDO

Por ejemplo, alguna clase especial.

LUISA

¿Como qué? Para labores manuales, como ellas se entienden, soy rematadamente mala, si se quitan las manuales caseras, no puedo decir que sé otra cosa. De música no conozco más que las siete notas, y en cuanto a idiomas, si se quita "yes" y "oui," no sé decir más.

BENITEZ

Eso no es obstáculo. Cuántos individuos hay que no saben nada de los principios fundamentales de la vida, y tienen, sin embargo, en sus manos, asuntos de importancia.

WILEBALDO

Ojalá y en lugar de esas labores manuales inútiles enseñaran en las escuelas labores caseras, como dice usted, no habría tanta muchacha que sólo tiene de mujer la figura.

BENITEZ

Y las mañas.

LUISA

Por Dios, ¡qué crueles son ustedes para con nosotras!

BENITEZ

Diga mejor: qué crueles somos todos con todos.

WILEBALDO

Y ¿tropezó con dificultades para entrar en el magisterio?

LUISA

Dificultades de conocimientos, muy pocas: sólo me faltaba el año de práctica y dos o tres materias que fuí pagando poco a poco para que me dieran mi título. La dificultad estába en que tienen la preferencia las señoritas, y como yo estaba en el caso del cuento aquel: no soy ni casada, ni soltera, ni viuda, ni divorciada. Ya comprenderán ustedes. En un principio sentí repugnancia en ocultar los verdaderos lazos que me unían con el niño, pero el hambre es más fuerte que todos los escrúpulos, y tuve que seguir el ejemplo de muchas desdichadas, como yo, que de la noche a la mañana recogen huérfanos, o enviudan sus hermanos con hijos, teniendo ellas que recogerlos.

WILEBALDO

Son muy caritativas.

LUISA

No diga eso. El tener que ganar el pan de cada día, obliga a hacer cosas que no debieran hacerse.

WILEBALDO

Y ¿nunca han sabido la verdad?

LUISA

Muy pronto sentí remordimientos y se lo confesé todo a la directora de la escuela. ¿Saben ustedes lo que me dijo? Que era una ligera de cascos, una loca, una sinvergüenza. ¡Horror! Nada más de acordarme me entra frío. Gracias a Dios que en la lengua se le fué todo, si no, hubiera tenido que rogarle de rodillas que no me perjudicara.

BENITEZ

¡Cosas de la vida! Eso sucede con mucha frecuencia.

WILEBALDO

¿Quiere usted decir que por común no le asombra?

BENITEZ

Quiero decir precisamente lo contrario; que sucediendo tan a menudo como sucede, me asombra no se haya hecho algo en favor de estas pobres muchachas. Quiero decir que tenemos una frescura desconcertante.

WILEBALDO

¿Por qué?

BENITEZ

Porque las dejamos abandonadas a sus propias fuerzas, en un medio donde todo las contamina, y luego, después, pretendemos reprocharles sus faltas, en nombre de la moral.

LUISA

Muy cierto.

WILEBALDO

Es cosa muy seria meterse a redentor.

BENITEZ

Sí, eso no quita que me dé cuenta de las cosas.

WILEBALDO

Hoy no lo conozco, está por la beneficencia.

BENITEZ

No amigo mío, estoy por la humanidad. La beneficencia es la caridad humillante, el humanitarismo es el consuelo necesario.

LUISA

¡Qué raro! No lo conocía hablando de este modo. Juanito, ¿por qué ya no juegas?

JUANITO

Tengo sueño.

BENITEZ

¡Cómo sueño! ¡A las doce del día! Vamos, diablillo, vamos a pasear, parece mentira que siendo domingo estés tan encerrado. ¿Permite que lo lleve?

LUISA

Se lo agradeceré mucho, hoy no he tenido tiempo de llevarlo a la calle.

JUANITO

Quiero comprar cosas.

BENITEZ

¿Como qué?

JUANITO

Cosas, muchas cosas.

LUISA

No, ¿qué es eso, Juanito? A ver, ven para que te ponga el sombrero. Te portas bien, ¿eh?

Lo besa

BENITEZ

Amigo Wilebaldo, ¿lo encuentro a la vuelta? No me tardo.

WILEBALDO

Sí, hasta la vista. Buena suerte, amiguito.

JUANITO

Adiós, adiós, mamacita.

LUISA

Adiós, pórtate bien.

JUANITO

Sí, sí.

Mutis. Pausa.

WILEBALDO

Benítez adora a su hijo.

LUISA

Y yo se lo agradezco muchisísimo. Es una especie de sostén en mi soledad. Sus consejos me animan, me dan nuevas fuerzas.

WILEBALDO

Y dígame, ¿Rafael?

LUISA

¿Por qué me pregunta?

WILEBALDO

Perdone. Digo, ¿cómo fué la ruptura?

LUISA

Ha pasado ya tanto tiempo, fué tan dolorosa para mí, me ha dejado recuerdos tan terribles, que no quiero acordarme.

WILEBALDO

Parece que la señora madre y los amigos trabajaron muy fuerte.

LUISA

Es probable. No de otro modo se explica que haya prometido no abandonarme nunca y al mes, intempestivamente, me escribiera una carta terminando todo entre nosotros, en un estilo que no me pareció el suyo. Hasta hoy no comprendo yo bien el sentido de esa carta.

WILEBALDO

¿Lo odia usted?

LUISA

¡Si viera que no! No le guardo rencor. Reconozco que era imposible para él haber obrado de otro modo.

WILEBALDO

Tanto equivale a decir que le ha perdonado. Y dígame, ¿sufrió usted mucho?

LUISA

¿Se imagina la desesperación de verme sola, sin apoyo, con el dolor de la muerte de mi madre, la amargura de saber que pronto iba yo también a ser madre y el desamparo tan grande en que me encontraba? ¡Estar sola, completamente sola, sin amigos que me dieran valor; sin que hubiera una alma caritativa que me consolara; con el problema pavoroso de tenerme que ganar la vida o morirme de hambre! ¡Ah!, esas cosas sólo se pueden sufrir una vez. Es muy duro, muy duro. Ahora no tendría valor para pasar de nuevo por esas aflicciones.

WILEBALDO

Se ha emocionado usted.

LUISA

Sí, de recordar. Todo eso fué mi juventud, los días más bellos de la vida. ¿Qué quiere usted? Es el destino que me to-

có. Después de todo, no me arrepiento de haberlo amado, lo que me reprocho es haber creído que todo terminaba si él me dejaba.

WILEBALDO

Cuando un amor muere, es porque deja el lugar a otro.

LUISA

El amor de mi hijo me ha compensado.

WILEBALDO

Hará como cuatro meses que no veo a Rafael.

LUISA

¡Qué empeño tiene en hablarme de él!

WILEBALDO

Donde trata de olvidarlo, es que aún lo ama.

LUISA

¿Puedo amarlo con todo lo sucedido?

WILEBALDO

Sucede, frecuentemente, en esta clase de sentimientos, que se sufren aberraciones.

LUISA

A él, precisamente, puede estar seguro que no le conservo el menor cariño. Lo que todavía conservo es su recuerdo.

WILEBALDO

Que es engañarse con la misma cosa cambiándole de nombre.

LUISA

Encuentra usted siempre conclusiones a la mano.

WILEBALDO

Es el mejor modo de darse cuenta de las circunstancias y abarcar los efectos.

LUISA

Dígame, ¿cómo está Lola? ¿No la ha visto?

WILEBALDO

Ultimamente no. Tiene un marido demasiado tonto para que pueda ser feliz. La fortuna es que no lleva trazas de perpetuarse la dinastía.

LUISA

He allí una verdaderamente infortunada.

WILEBALDO

¿Por qué? Tiene dinero, su marido también. Una mujer que se casa por el dinero, no puede pedir más.

LUISA

¿Cómo sabe usted que se ha casado por el dinero?

WILEBALDO

Esas cosas son como la champaña; saltan a la vista.

LUISA

Qué crueles son ustedes. Una mujer que mira su conveniencia, debe contentarse con cualquier cosa después del dinero. Una mujer que no la mira, debe sufrir las consecuencias de su falta de perspicacia. ¿Cómo entender? ¿Es posible que de ninguna manera se pueda complacerlos?

WILEBALDO

Amiga mía, para complacer al mundo no ha venido nadie. Si se quiere ser feliz, relativamente, hay que hacer a un lado todo eso, bravamente, como usted lo ha hecho, y seguir el cuento por cuenta propia.

LUISA

Es lo más difícil.

WILEBALDO

Pero lo más seguro. Ahora, permítame que le solicite un consejo.

LUISA

¿De mí?

WILEBALDO

Dígame. ¿Dónde podré encontrar una mujer que conozca de la vida como usted, y que quiera ser la compañera de un hombre como yo? Un hombre que no le ofrece ni serenatas ni madrigales; que promete no suicidarse cuando lo abandone, ni enfermará de tristeza si ella se disgusta. Una mujer fuerte que acepte la vida alegremente, como yo la acepto.

LUISA

No sé, no conservo ninguna amistad para que pudiera decirle.

WILEBALDO

La rodearía de una gran ternura; la compensaría, con mi cariño, de pasadas amarguras.

LUISA

¿Piensa usted casarse, por lo visto?

WILEBALDO

No he dicho eso. Me horroriza el matrimonio. Estar juntos, por deber, es algo cansado. Odio los códigos y la epístola de San Pablo. Quiero decir, he aquí el punto capital de la cuestión, una mujer que acepte ser mi compañera haciendo a un lado todo prejuicio y arrostrando valientemente los aspavientos del mundo.

LUISA

Es decir, quiere usted una mujer para su placer.

WILEBALDO

Exactamente, para mi placer y el suyo. Una mujer que fuese como usted, pongo por caso.

LUISA

¿Qué pretende decir?

WILEBALDO

Lo que usted ha comprendido.

LUISA

Se pasa de broma.

WILEBALDO

No es broma, señora, jamás las he usado con usted. Hace tiempo que tenía pensado decírselo.

LUISA

¡Ah!, y suponiendo que aceptara, ¿por qué hace gestos al matrimonio? Las razones que indica no son razones sino simples caprichos.

WILEBALDO

En efecto, eso por un lado, y por otro... hombre... es cuestión de pensar detenidamente el hacerse cargo de un hijo ajeno.

LUISA

¡Admirable! Al fin ha descubierto la parte negra de su corazón.

WILEBALDO

Confieso que no es muy cristalino.

LUISA

Es usted repugnantemente audaz.

WILEBALDO

Algo es algo, señora, de todos modos es un cumplido que le agradezco.

LUISA

¿Creía usted que por la amistad que le profeso, por qué no decirlo, por el agradecimiento que le tengo de haberme dicho una palabra amiga cuando todos me abandonaban, le permitiría estas cosas?

WILEBALDO

Nada tienen de indecorosas, puesto que se las hago de buena fe, le presento las cosas de bulto y no le hago promesas que no pueda cumplir.

LUISA

Suplico a usted que hablemos de otra cosa.

WILEBALDO

Yo, a mi vez, le ruego que insistamos en ello.

LUISA

Desenmascárese de una vez. ¿Qué es lo que quiere?

WILEBALDO

A usted. La quiero a usted. La amo hace mucho tiempo. He seguido paso a paso su odisea. He sonreído cuando todos la abandonaban, y...

LUISA

Pensó usted que algún día sería suya.

WILEBALDO

Las mujeres comprensivas me agradan mucho.

LUISA

Y los hombres impúdicos me horrorizan.

WILEBALDO

No es ninguna cosa que no pueda usted oír. Nada perdería en aceptar lo que le propongo, al contrario, se libraría de la esclavitud del trabajo.

LUISA

Y de la poca dignidad que me queda. ¡Ah!, no, muchas gracias, señor, se ha equivocado, ¿por quién me toma?

WILEBALDO

Por una mujer.

LUISA

¿Nada más?

WILEBALDO

Para mí el sexo contrario al mío está dividido únicamente en dos clases: las mujeres y las mojigatas. Adoro a las primeras y detesto a las segundas.

LUISA

¿Qué más?

WILEBALDO

Nada más. Poco me importa que la opinión pública las estime o no. Lo esencial es que sea una mujer que comprenda la vida tal como es. Ahora que me ha oído, dígame, ¿qué respuesta obtendré? ¿Despreciará un amor como el mío que, es verdad, carece de romanticismo, versos bajo la luna y promesas enfáticas, que no se cumplen nunca, pero es dulce, sincero, perdurable, siempre igual, sin llamaradas ni enfriamientos, que es un verdadero amor de hombre a mujer?

LUISA

Le he permitido hablar todo lo que ha querido; ahora le ruego que no mencione más el asunto, o me veré obligada a rogarle que no vuelva a venir.

WILEBALDO

¿Me cierra usted su puerta?

LUISA

No, le advierto.

WILEBALDO

No entiendo de advertencias. Usted será mía, Luisa. Usted debe ser mía. Mi cariño la recompensará de sus sufrimientos. ¡Oh!, no le pido que me ame desde luego: sería mucho pedir. Déjese usted querer, déjeme que la ame.

Se le acerca pretendiendo besarla; Luisa lo rechaza.

LUISA

Sea más correcto, señor. Es usted igual que los otros. Peor, peor que ellos, porque se disfraza, oculta sus sentimientos arteramente para hacer caer a sus víctimas. ¡Ah!, pero ese tiempo acabó. Ya no soy la muchacha crédula e indefensa. Tengo mi hijo, señor, y por él, nada más que por él, lucharé para conservar la última dignidad que me queda. Está usted equivocado.

WILEBALDO

No está malo que oculte la piel del lobo bajo la apariencia del cordero. Pero dígame, razone, ¿qué significa su hijo? Su hijo es hombre como yo, y cuando llegue la hora oportuna, la abandonará como todos abandonamos a nuestra madre. Entonces será tarde para usted, señora.

LUISA

El es mi esperanza, mi rehabilitación.

WILEBALDO

El no es nada. Hay que ser lógicos y convencerse de que la vida es una pobre vieja caduca que se repite siempre, porque es incapaz de inventar nada nuevo.

LUISA

Retírese usted. Su presencia me es molesta.

WILEBALDO

¿Por qué? ¿Porque le ofrezco mi cariño, porque le desnudo la vida y se la presento para que la palpe sin ningún artificio?

LUISA

No quiero oírlo más. Retírese usted.

WILEBALDO

La obedeceré. Piense una cosa: alguna vez se arrepentirá de sus palabras y entonces será demasiado tarde. Su hijo no es la palabra final, es la molestia del pasado. Algún día se sentirá hombre, mirará si las mujeres tienen buenas pantorrillas, abominará de la cadena que con su cariño le ha puesto su madre, y emprenderá el vuelo, como todos. ¡Ah!, y un consejo, no pretenda detenerlo. Sucederá lo que sucede siempre en esos casos.

LUISA

¿No ha comprendido que me molesta?

WILEBALDO

Sí, algo. Me voy. Perdone que la haya hecho enfadarse. No es para tanto. Sabe que quedo a sus órdenes.

LUISA

Gracias.

WILEBALDO

Piénselo bien. Esperaré algún tiempo a que vaya contrita y arrepentida a retirar sus palabras de ahora, dejándose querer; eso es lo único que pido: que se deje querer.

LUISA

Es demasiada conformidad y muy poco lo que pide.

WILEBALDO

Por algo se empieza. A los pies de usted, señora.

Mutis. Luisa parece desesperada. Pausa.

Llaman a la puerta. Luisa vacila. Vuelven a llamar.

LUISA

Voy.

RAFAEL

Entrando lentamente.

Permíteme.

Luisa retrocede.

Parece que te asombra mi presencia, ¿no es eso?

LUISA

Un poco.

RAFAEL

Deseo hablarte.

LUISA

No tengo ningún asunto de qué hablar contigo.

RAFAEL

Sin embargo, es necesario que hablemos.

LUISA

No veo el objeto.

RAFAEL

Vengo a reparar una falta.

LUISA

¿Has cometido alguna?

RAFAEL

No he venido para que uses conmigo ironías que no son del caso. Puesto que quiero hablarte, debes oírme.

LUISA

¿Y si me negara?

RAFAEL

De todos modos.

LUISA

Cada vez entiendo menos. Me dices cosas que no comprendo. Me hablas de una falta que no conozco, de una reparación que nadie te ha exigido.

RAFAEL

Me refiero a nuestro hijo.

LUISA

Mi hijo, dirás. ¡Ah!, es tan viejo ese asunto, que no merece la pena de tratarlo. Todo terminó. Para ti fué un pecado de juventud, una simple aventura; para mí fué otro pecado juvenil, sin más consecuencia que un nuevo sér a costa de mi honor. Poca cosa; no es para tanto; no veo la razón de que te preocupes.

RAFAEL

No esperaba este recibimiento de ti.

LUISA

Y yo todo me imaginaba, menos que vendrías.

RAFAEL

Mi conciencia no me dejaba tranquilo. No podía vivir. Era un tormento atroz, un pensamiento fijo. Tu amor, nuestro amor, fué el único sincero de mi vida, el único que puedo recordar sin avergonzarme.

LUISA

¿Sí? ¿Cómo serán tus otros amores que de éste no te avergüenzas?

RAFAEL

¡Qué quieres decir!

LUISA

Nada.

RAFAEL

Oyeme. Es verdad que merezco más, muchas más palabras duras de las que puedas decirme. Es verdad que en el momento decisivo me faltó valor para cumplir mis promesas. Pero comprende, era un joven débil, sin noción de la vida, sin voluntad propia; un joven cegado por quimeras. ¿Cómo querías que te hubiera seguido? ¿No ves natural y lógico esto?

LUISA

Demasiado natural y lógico. Razón de más para que me asombre tu tardío arrepentimiento.

RAFAEL

Los amigos me traicionaron. Todos me vendieron. Soy ahora una especie de tipo ridículo. Mi fracaso me ha marcado. Llevo un sello en la frente que me quema. La vida se ha encargado de demostrarme mi inutilidad, toda mi monstruosa inutilidad. Soy una especie de bufón crucificado entre la vergüenza y la ineptitud. ¿Comprendes?

LUISA

No mucho.

RAFAEL

¿Es que no se puede tratar contigo?

LUISA

No te enfades, no hay necesidad. No te he llamado, nada tengo que decirte. No te digo que te quedes, tampoco te digo que te vayas. Haz lo que gustes.

RAFAEL

Perdóname. Temo a todos, odio a todos. Cuánto mejor hubiera sido permanecer en la cárcel que me construyó mi madre. Pero fuí el juguete. Por quitarme de lo que llamaron mi capricho, me lanzaron al abismo. ¡Maldita ambición! Destruyó mi prestigio y mi felicidad, la más dulce, nuestra feli-

cidad, la tuya, Luisa. Tú has sido la única mujer que he amado.

LUISA

Te suplico que no hables de amor. Estoy hastiada de oír hablarme de él a todas horas. ¿Me has hecho exposición de tus desventuras para impresionarme?

RAFAEL

No. Para que veas que yo también he sido desgraciado.

LUISA

Todos somos desgraciados, también lo es esa criatura que nunca conocerá a su padre.

RAFAEL

Eso es lo que trato de remediar. Sé razonable. Comprende que soy el padre, que tengo el derecho de velar por él.

LUISA

¿Quién?, ¿tú? ¿Después de seis años vienes a reclamar un derecho? ¿Qué derecho? ¿El de la paternidad? Nada significa. No, no me interrumpas, déjame hablar. Como fuiste tú, podía haberlo sido otro cualquiera. El niño ha llegado a los cinco años, abandonado de ti. Tú no te preocupaste por saber si tenía lo necesario o había muerto de hambre; tú no sabías si su madre luchaba o se había dejado llevar por la desesperación; nunca te inquietó el pensamiento de que lo arrastrara conmigo al lodo. ¿A qué vienes ahora? ¿Qué es lo que quieres? Nada te he pedido, nada te he reclamado. Puedes estar tranquilo. Este niño no sabrá quién es su padre. Habrá muerto. Yo no iré nunca a reclamar una cosa que debiste dar voluntariamente, en su tiempo oportuno. ¿A qué has venido?

RAFAEL

¡Me lo niegas!

LUISA

Tú me lo negaste todo. Tú me orillaste hasta a cometer un crimen. Tú fuiste el causante de la muerte de mi madre. Tú eres el motivo por el que todos los hombres se creen con derecho a proponerme sea su amante. Y se asombran, y se ríen, si les digo que aún soy honrada.

RAFAEL

¡Quién ha sido! ¡Le arrancaré la lengua al que....!

LUISA

No me hagas reír. Necesitabas arrancarle la lengua a todo el mundo. No estás obligado a defenderme. Somos extraños, nada nos obliga. Sería ridículo.

RAFAEL

Nuestro hijo es el lazo, nuestro hijo nos obliga, por él debo defenderte.

LUISA

Es inútil. El mal que hiciste estará siempre entre los dos separándonos. Cuando no pueda trabajar, preferiré ser la amante del primero que se presente, pero volver contigo, ¡nunca!

RAFAEL

No te exaltes, razona, comprende.

LUISA

Ni razono ni comprendo. Yo sólo sé que eres un hombre sin voluntad, que no te decides nunca ni a hacer el bien ni a hacer el mal. ¡Basta ya! Nada pido, nada reclamo, sólo quiero que se me deje en paz.

RAFAEL

Es decir que estás renuente.

LUISA

En absoluto.

RAFAEL

¿Nada podré conseguir de ti? ¿Ni por él? ¿Ni por su bien?

LUISA

El día en que nada pueda hacer yo por él, morirá conmigo.

RAFAEL

¡Egoísmo!

LUISA

¿Qué otra cosa era lo de tu madre?

RAFAEL

Cállate, no la nombres. Ha muerto, un mes hace que murió.

LUISA

¡Ah!

Pausa

Lo siento. Yo que he perdido a la mía, puedo comprender tu dolor.

RAFAEL

Estoy abandonado de todos, triste, aun en medio de los que se llaman mis amigos encuentro soledad. Mira, si tú quieres, nada se habrá perdido. Tu dolor no habrá sido inútil y yo curaré del mío.

LUISA

No. Lo que pasa es que tienes miedo de sufrir solo, y te acercas a mí para que te haga compañía.

RAFAEL

Te juro que....

LUISA

Ni un solo juramento. No es necesario.

RAFAEL

¡Me desprecias!

LUISA

Ni aun eso. Te he olvidado.

RAFAEL

¡Tan pronto!

LUISA

A ti te bastó un día. ¿No es tiempo bastante para mí seis años?

RAFAEL

Te ruego por lo que más quieras. Vuelve a mí, permite que le dé mi nombre a tu hijo, que es mío también. Olvida todo, imponme la prueba que quieras. Soy sincero, Luisa, creeme, soy sincero.

LUISA

Lo creo, lo creo porque ella ha muerto. Pero el que te crea no impide que todo haya acabado entre nosotros. No, Rafael, despierta, mira la vida cara a cara, como yo la he visto. Ríete de aquellos que se ríen de ti, sigue tu vida, pero lejos de mí, muy lejos de la mía. No te preocupes. No sucumbí cuando era débil; menos ahora que la experiencia me ha enseñado. Sigue tu vida, es lo único que puedo hacer por ti. Aconsejarte.

RAFAEL

No. Quiero seguir mi vida, pero contigo.

LUISA

Es inútil insistir.

RAFAEL

Te obligaré. Es necesario. Debes hacerlo. ¿Qué le dirás a tu hijo cuando pregunte por su padre?

LUISA

Le diré que ha muerto.

RAFAEL

Eso es una mentira, bien lo sabes.

LUISA

Es una mentira que salvará muchos dolores. ¿Qué le dirías tú cuando te preguntara: "¿Por qué si dices que eres mi padre nunca te había visto antes?"

RAFAEL

Eres una mujer de piedra, eres una mujer sin corazón. Nada te hace conmover, nada te importa, con tal de seguir tu capricho.

LUISA

Todas las lágrimas que podía llorar las lloré por tí, ¿qué me reprochas ahora?

RAFAEL

Es que no puedes volver conmigo por....

LUISA

¿Por qué? No me gustan las suposiciones.

RAFAEL

Todo es posible. Hace un momento me dijiste que todos te proponían... tal vez... no es por esto...

LUISA

Además de firmeza te falta vergüenza.

RAFAEL

Esas palabras a nada conducen. Se trata de un simple capricho tuyo, y por un capricho no debes sacrificar su porvenir.

LUISA

Hay tiempo para eso. Mi hijo vivirá conmigo. Yo cifro mi orgullo en ser la que lo sostenga sin ninguna ayuda, libremente. Yo quiero ser su única poseedora, que todo lo que sea me lo deba a mí.

RAFAEL

Te quejabas de mi madre y tú quieres hacer lo mismo.

LUISA

La historia se repite, aunque de modo diferente. El es mi compensación, mi rehabilitación, y no renuncio fácilmente. Hay diferencia entre tu madre y yo. Ella siempre fué honrada, vivió con holgura, la respetaron siempre, y no supo de los desprecios del mundo, de las malas voluntades, ni tuvo las decepciones que yo tuve. Conocía la vida en teoría, nada más, y su moral se reducía también a teorías. No creas que la culpo. Ha muerto y no tengo ningún rencor. ¡Pero yo!...

RAFAEL

Quiero tener tranquila la conciencia.

LUISA

No acepto las caridades de la conciencia.

RAFAEL

¡Luisa!

Benítez, entrando con Juanito

JUANITO

¡Mamá, mamá, mira lo que traigo!

LUISA

Ven, a ver. enséñame. ¿Tanto?

BENITEZ

¡Rafael! ¡Usted aquí!

RAFAEL

Sí, señor.

LUISA

Vete allá dentro. Lo está usted malacostumbrando, señor Benítez.

BENITEZ

No es nada.

RAFAEL

Permíteme, desearía verlo.

LUISA

Juanito, te habla el señor. ¿No quieres ir? No seas malcriado. El señor te quiere mucho.

BENITEZ

Anda, nene, te quito el automóvil.

JUANITO

No, mío, mío.

RAFAEL

¿No quieres venir? ¿Cómo te llamas?

JUANITO

Juanito.

RAFAEL

Se te parece mucho, Luisa. ¡Hasta eso! Tienes razón. Veo que no hay remedio. Aquí el señor se ha tomado el cargo.

LUISA

Estás diciendo tonterías.

BENITEZ

No comprendo su intención, señor. Sepa usted solamente que en cualquier momento le pruebo que soy un caballero.

RAFAEL

¿Qué hace usted aquí?

BENITEZ

Protejo a una mujer que usted ha deshonrado.

RAFAEL

Me asombra tamaño altruismo.

BENITEZ

Y a mí me asombra tamaño cinismo.

LUISA

Benítez, por favor....

BENITEZ

Deje usted, señora, estas cosas son entre él y yo; nada tiene usted que hacer.

RAFAEL

Está bien. No me opongo. He venido a cumplir con mi conciencia; pero me he convencido de que es tarde.

BENITEZ

Me alegro que lo comprenda.

RAFAEL

Tiene usted razón. Perdonen. Considere, señora, que no he dicho nada, y usted, señor, que no he tenido ninguna intención.

BENITEZ

Gracias.

Mutis, Rafael, lentamente.

LUISA

Cuando creía que todo se había olvidado, vuelve. ¡Cómo sufro, Benítez, cómo sufro! A veces siento que me faltan las fuerzas, que es preciso doblegarse. Si no fuera por esta criatura...

JUANITO

¿Por qué lloras? ¿Quieres esta pelota para que no llores?

LUISA

Ven, ven. ¿Me quieres mucho? Dime, ¿me quieres? ¿Cómo qué tanto?

JUANITO

Mucho, mucho. Así, más grande que así.

Extiende los brazos en cruz

BENITEZ

¿Y Wilebaldo?

LUISA

Se fué. Otra decepción. Me habló de un modo...

BENITEZ

Lo esperaba. Nuestra arcilla es blanda y fácilmente sucumbe.

LUISA

No tengo ya valor...

BENITEZ

¿Qué es eso? No llore usted, no tiene derecho a llorar. Piense que cada lágrima es una sombra para su hijo, que cada alegría es una alegría para él. Mire usted, mire usted...

La lleva junto a la ventana.

Cada uno de los que pasan tiene su propio dolor, pero no por eso permanecen gimiendo doblegados. Hablan, gritan, ríen, tratan de engañar el grito de la angustia, tratan de olvidarse de que la muerte existe. ¡Valor, Luisa! No haga caso de las palabras necias, de los apetitos impuros, de las tristezas inevitables. No porque el aire deshoje una flor, deja de abrirse otra nueva. La tierra abrasada por el fuego, la tierra cuyos bosques ve destruídos, es la más fecunda, porque extrae de su desolación nuevo vigor.

LUISA

Sí, pero...

BENITEZ

La vida se renueva a pesar de la muerte, a pesar del dolor. Mire usted, el sol brilla lo mismo sobre un cementerio que sobre la cabeza de los niños. Usted está santificada por su dolor, por sus lágrimas. No tiene derecho a ensombrecer la vida de un niño. Ría, cante, su risa y su canto serán sus más bellos dones.

LUISA

Nunca lo había oído hablar así.

BENITEZ

Nada tema. Soy viejo, soy un hombre que llega ya al final y trata de descifrar la terrible interrogación. La muerte se acerca, siento ya su frío en el corazón. Nada tema. Puedo hablarle, puede usted creerme. Si fuese joven, la amaría con locura; pero me falta ya también el valor para amar. Me conformo con sentir su calor, con embriagarme junto a usted con la risa de su niño. Me hago la ilusión de que tengo un hogar, que no estoy solo, triste, aislado. Créame. Cante, ría. Será una obra de caridad para este viejo, y una obra de madre para este niño.

LUISA

Gracias. Sí, reiré. Alegrémonos, Benítez, somos dos jardines abandonados que tratan de florecer.

BENITEZ

Bueno, me voy.

LUISA

¿Por qué? Quédese, celebraremos nuestra renovación.

BENITEZ

Acepto. Es necesario celebrarla.

LUISA

Vuelvo en seguida. Gracias, Benítez, no sabe usted el bien que ha hecho.

Mutis.

JUANITO

Quiero un cuento.

BENITEZ

¿Un cuento?... Este era un rey... que vivió siempre muy solo y muy triste..., y cierto día... encontró una bella princesa...

JUANITO

¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras como mamá?

BENITEZ

Pero era ya muy tarde..., muy tarde..., el rey era viejo... y...

Lo sofocan los sollozos.

JUANITO

No llores. No llores. ¿Quieres el automóvil para que no llores?

TELON, LENTAMENTE

México, abril 23—mayo 7 de 1923.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000002934 26